

A vibrant, stylized illustration of a young boy with blonde hair, wearing a red t-shirt and grey shorts, crouching in a tropical landscape. He is holding a black and white dog on a leash. The background features a large palm tree, a bright sun, a blue sky with white clouds, and a body of water with a boat. In the distance, there are buildings and more palm trees. The overall style is reminiscent of a comic book or children's magazine illustration.

bam
bú

**Secuestro
en el Caribe**
Lauren St John


LOS **MI**STERIOS DE
LAURA MARLIN

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Kidnap in the Caribbean*

© 2011, del texto, Lauren St John
© 2012, de la traducción, Arturo Peral
© 2012, de las ilustraciones del interior, David Dean
© 2012, de la ilustración de la cubierta, Allan Rabelo
© 2012, de esta edición, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2012
ISBN: 978-84-8343-171-9
Depósito legal: M-246-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzós, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



–IMAGINE QUE GANA UN CRUCERO
A UNA ISLA DEL CARIBE CON TRESCIENTAS SESENTA Y CINCO PLAYAS... UNA PARA CADA DÍA DEL AÑO. DAMAS Y CABALLEROS, NIÑOS Y NIÑAS, LA ARENA ES TAN BLANCA QUE CENTELLEA. IMAGÍNESE EN EL PARAÍSO. IMAGÍNESE TUMBADO EN UNA HAMACA, SABOREANDO AGUA DE COCO MIENTRAS LOS DELFINES JUGUETEAN EN UNA LAGUNA TURQUESA, TAN CERCA QUE CASI LOS PUEDE TOCAR.

Era un sábado gris y lluvioso en St Ives y, por mucho que le encantara su nueva casa, Laura Marlin no

podía imaginar nada mejor que precisamente eso. Le gustaba especialmente la parte de los delfines. Y, según parecía, no era la única. A pesar de la llovizna, una muchedumbre se estaba reuniendo en torno a la oradora: una mujer con una camisa azul celeste con las palabras Viajes Fantasía bordadas en el bolsillo. Para rematar su melena lacia y pelirroja, llevaba un casquete pasado de moda de un tono azulado a juego con la camisa. Se cobijaba bajo una sombrilla estampada con soles sonrientes y sujetaba una cesta llena de pedacitos de papel malva.

—Y ESO NO ES TODO. UNA VEZ EN LA PRECIOSA ISLA DE ANTIGUA, REGALAREMOS UNA SEMANA GRATIS EN UN HOTEL DE CINCO ESTRELLAS PARA USTED Y UN ACOMPAÑANTE, ADEMÁS DEL VUELO DE REGRESO. ¡SIEMPRE QUE QUIERA VOLVER A LA LLUVIA DE AQUÍ, CLARO, JE, JE!

Skye dio un golpecito a Laura con el hocico húmedo y ella le rascó las orejas peludas. Sabía que tenía que volver a casa porque su tío iba a llevarla a comer pescado frito con patatas al Porthminster Beach Café, pero estaba intrigada por oír qué hacía falta para ganar un viaje al paraíso. Lloviera o no, a Laura le gustaba St Ives más que cualquier lugar del mundo, pero eso no significaba que no quisiera

viajar, especialmente si eso implicaba balancearse al sol en una hamaca o chapotear con delfines en una laguna turquesa.

Hasta hace unos pocos meses, cuando Laura descubrió que tenía un tío cuya existencia desconocía y se mudó al número 28 de Ocean View Terrace en St Ives, un centro vacacional en la costa de Cornwall, la punta meridional de Inglaterra, había pasado toda su vida en el hogar infantil de Sylvan Meadows, en una ciudad del norte propensa a las temperaturas árticas. Allí, su ventana daba a un aparcamiento y a un parque infantil de asfalto, un panorama tan aburrido que prefería perderse en historias.

Con el paso de los años, los libros se habían convertido en su ventana al mundo. Sus preferidos eran los de su héroe, el detective Matt Walker, un genio en la lucha contra criminales peligrosos. Laura había pasado horas mirando por la ventana deseando tener una vida excitante como la de los personajes de los libros, pero en Sylvan Meadows nunca pasaba nada. No había personajes siniestros ni luces misteriosas por la noche.

Todo eso cambió desde el momento en que llegó a St Ives. Sin darse ni cuenta, estaba metida en aventuras que para muchos habrían llenado el cupo de toda la vida. Pero Laura no era una chica corriente.

En lugar de apagar su sed de emociones, se decidió a hacer de ellas su futuro.

Deseaba con fervor convertirse de mayor en un detective de primera, como Matt, y que sus viajes la llevaran a lugares como los canales de Venecia, las montañas de Transilvania, donde moran los vampiros, o la sabana africana, donde merodean los leones. Pero hasta entonces no se le ocurría nada más maravilloso que ganar un viaje a una isla del Caribe cubierta de palmeras.

Lo único malo de una vida así era dejar a Skye y a Tariq, que era, después de su tío, su persona favorita en el mundo.

—¿NO LE PARECEN LAS VACACIONES DE SUS SUEÑOS? —preguntó la representante de Viajes Fantasía.

—¿Está de broma? —exclamó una madre de aspecto agobiado, casi aplastando a Laura con un cochecito que parecía diseñado para escalar el Everest—. Deme diez boletos, así tendré diez veces más suerte.

Laura hizo un gesto de desaprobación y se fue con Skye a otro sitio. Varias personas se apartaron del husky siberiano que, con aquellos ojos azules hipnóticos y aquel pelaje gris tirando a negro, parecía un lobo. Laura sonrió satisfecha hasta que se fijó en una pareja joven que señalaba la línea ondulante grisácea

que había en el pelo de Skye, el lugar en el que debería estar su pata delantera derecha. Se tapaban con la mano para cuchichear. Laura se inclinó y abrazó al husky como para protegerle. Skye sólo tendría tres patas (había perdido una tras un accidente de coche cuando era un cachorro), pero valía por cien perros con cuatro.

–Y vales por mil personas como ellos –le dijo al oído lo bastante fuerte como para que ellos también lo oyeran. Estaba a punto de besarle en el hocico cuando el perro gruñó de repente.

Laura levantó la mirada y vio, con cierta sorpresa, que la mujer de Viajes Fantasía la estaba mirando a ella directamente.

–No tenemos todo el día. ¿Cuánto cuestan los boletos? –exclamó un hombre que llevaba un jersey verde con una rana estampada.

La mujer dirigió su atención al hombre rana. Su voz retumbó por Fore Street.

–UNA LIBRA. POR LA INSIGNIFICANTE CANTIDAD DE UNA LIBRA, USTED Y SU ACOMPAÑANTE PODRÁN VIAJAR EN UN CRUCERO DE LUJO.

Se produjo una estampida para comprar billetes. La llovizna había parado, pero los edificios seguían goteando, y Laura observó el frenesí desde el cobij

jo del toldo de la panadería. El mes de marzo estaba terminando. Aunque la primavera había llegado, según el hombre del tiempo, llegaba pasada por agua. Para Laura y Calvin Redfern, aquella cantidad récord de lluvia había significado pasear muchos húmedos días a Skye y Lottie, el perro lobo de su tío. Era todo un reto intentar secarlos después con la toalla. Rowenna, la nueva ama de llaves, se pasaba el día quemando incienso de sándalo en el vestíbulo para intentar eliminar el olor a perro mojado.

–La casa huele a monasterio –refunfuñaba su tío cada vez que volvía a casa, pero al mismo tiempo le guiñaba un ojo a Laura. Sin duda, pensaba que Rowenna –una campesina corpulenta que sustituía a la señora Webb– era lo mejor que le había pasado desde los dulces de crema. Igual que Laura. Rowenna tenía un humor cálido, le gustaban los perros y tenía muy buena mano para la tarta de ruibarbo, mientras que la señora Webb siempre le había recordado a una tarántula.

Laura observó cómo la multitud que rodeaba la sombrilla se dispersaba; algunas personas se llevaban puñados de boletos malva.

–Tres días para el sorteo –dijo la madre de aspecto agobiado a su amiga–. Estoy tan emocionada que creo que no podré dormir. –Miró al cochecito, donde

un niño con la cara roja gritaba *in crescendo* y añadió:– No es que dormir sea una opción.

Laura se dio cuenta de que la representante de Viajes Fantasía la estaba mirando de nuevo.

–Un animal precioso –dijo la mujer señalando a Skye con un gesto de la cabeza–. Un husky siberiano, ¿verdad? Yo antes tenía uno. Son majestuosos. Sospecho que se creen de la realeza.

Laura estaba tan emocionada de conocer a otra dueña de husky siberiano que, sin darse ni cuenta, ya había cruzado la adoquinada calle. Su habitual reserva hacia los desconocidos se había evaporado en un instante.

–¿De verdad? ¿A que son increíbles? Skye es el mejor perro del mundo. Es mi mejor amigo. De hecho, tengo dos mejores amigos: Skye y Tariq, que es de Bangladesh.

–Qué suerte. La mayoría de la gente se siente afortunada con un solo amigo.

Vista de cerca, la mujer llevaba demasiado maquillaje y un diamante en el incisivo. Laura pensó que Viajes Fantasía debía ser una empresa de mucho éxito, ya que sus agentes podían permitirse llevar piedras preciosas en los dientes. La mujer se inclinó para acariciar a Skye, pero este enseñó los colmillos afilados.

–¡Skye! –lo reprendió Laura.

La mujer se rió.

–Como acabo de decir, se creen de la realeza. –Cogió un boleto de la cesta y añadió:– ¿Te gustaría ganar un viaje al paraíso, querida?

Laura dudó.

–Sólo tengo dos libras y había pensado comprar toffee de coco. Es un dulce rosa y blanco con trocitos de coco. ¿Cómo se llamaba su husky?

–¿Toffee de coco? ¿Para qué quieres un trozo de azúcar rosa si puedes ir a Antigua y comer coco de verdad hasta que te salga por las orejas?

–Eso será si gano –aclaró Laura–, y es muy poco probable, por no decir imposible. No he ganado nada en mi vida.

La mujer de Viajes Fantasía sonrió y el diamante resplandeció.

–Nunca se sabe. Los milagros ocurren.

Eso era cierto. Los milagros sí ocurrían. ¿Cómo, si no, habría salido Laura de los lóbregos confines del hogar infantil de Sylvan Meadows después de once años para ir a parar a una habitación con vistas al mar en la casa de su tío, donde se sentía realmente feliz? Especialmente ahora, que Skye podía dormir con ella todas las noches.

Lo que logró convencerla fue el deseo de corres-

ponder a la amabilidad de Calvin Redfern. No tenían mucho dinero y de otro modo su tío no podía permitirse unas vacaciones. Laura sacó una moneda de una libra.

–Está bien, me llevaré un boleto.

–¿Sólo uno? Supongo que si es el boleto ganador, con uno basta.

Laura examinó la papeleta. Era tres veces más grande que un sello de correos y tenía impreso el número 252. Cerró los ojos y pidió un deseo.

Al volver a abrirlos, la mujer la miraba atentamente.

Desconcertada, Laura preguntó:

–¿Cómo se llamaba su perro?

–¿Qué perro?

–Su husky.

–Ah, claro. Se llamaba... –Se aclaró la garganta.– Hudson. Se llamaba Hudson.

Laura sintió que la mujer había perdido interés por el tema de los huskies siberianos y que quería captar más clientes, así que se guardó cuidadosamente el boleto en el bolso y bajó por Fore Street.

Una voz retumbó detrás de ella:

–DAMAS Y CABALLEROS, PERMÍTANME ATRAER SU ATENCIÓN HACIA UN VIAJE DE ENSUEÑO A UNA ISLA TROPICAL.